

# *Un solo de piano*

José López Blázquez

Mi primer trabajo fue en un servicio de urgencias, un lugar demasiado grande para alguien inexperto e ignorante de la realidad como era yo. Me las daba de héroe anónimo, ansioso de vivir situaciones extremas con las que poder fanfarronear fuera del hospital. Sentía como si el mundo entero tuviera que extender alfombras a mi paso. Cada turno no era más que un conjunto de horas en las que mantenerme alerta; preparado para salvar y preservar la vida a toda costa, eso era lo complicado, el reto de cada día. Consideraba la muerte como algo sencillo, no requería monitorización, control de respiradores, manejo de bombas de aminas, técnicas invasivas... La muerte era lo fácil pues no te exigía, o eso pensaba yo.

Aquella noche aprendería que la muerte es compleja, un proceso difícil de resolver pues jamás existirán guías para ello. Comprendería que es caprichosa y en ocasiones impone normas no escritas; y es demandante, pues solicita cuidados que van más allá de cualquier disciplina.

El turno dio comienzo a las diez en punto de un miércoles como otro cualquiera. Las primeras horas se habían visto envueltas en un caos ya familiar: pacientes acumulados de la tarde, camillas ocupando pasillos, voces que se elevaban en quejas por el tiempo de espera... nada nuevo. Cuando el caos se notó cansado de jugar por la urgencia, las manecillas de los relojes marcaban las tres de la madrugada. Nada define mejor ese momento como el famoso refrán castellano que dice: *«después de la tempestad, llega la calma»*. Aquellos pacientes con ingreso cursado tenían habitación asignada, la sala de espera albergaba a dos personas pendientes de resultados y en la zona de camas descansaban tres ancianos que, por ser tarde, se decidió no dar de alta hasta la mañana siguiente. Verdaderamente la calma había llegado y planeaba sobre el servicio.

Mientras que un grupo cedía al embrujo del sueño en una danza de cabezazos descoordinada y muda, el resto nos veíamos inmersos en una conversación intrascendente, que en su desarrollo, iba perdiendo sentido hasta limitarnos a emitir frases sueltas con las generar una carcajada que nos mantuviera despiertos.

Recuerdo que en el momento en que todo comenzó, nos reíamos de la danza de cabezazos pues había pasado de ser muda, a tener una melodía “gutural”; un compañero se había quedado en una postura que le generaba un ronquido verdaderamente extraño y gracioso. Estábamos atrapados en un círculo vicioso de risas y ronquidos, cuando sin aviso previo sonó; un timbre, un sonido rechinante que tiene la habilidad de parar el tiempo y acelerarlo a la vez, un sonido que lo cambia todo. Los cabezazos se transformaron en cuellos rígidos con los ojos abiertos, las carcajadas pasaron a ser silencios, y la calma que planeaba sobre nosotros alzó el vuelo asustada. Como el gladiador que distraído en la arena escucha de golpe el rugir del león, así me sentía, paralizado por el miedo e intoxicado por la adrenalina a la vez; era el momento de salvar una vida.

Nos traían a un varón de 71 años, de nombre Andrés, el cual había sido encontrado inconsciente y con dificultad respiratoria en un pasillo de la residencia en donde vivía. Llegó en una UVI móvil, intubado y estable dentro de la gravedad. A parte de cambiar al paciente a nuestra camilla y nuestro respirador, poco más hicimos pues fue directo al servicio de rayos para la realización de un TAC urgente.

Lo acompañaba la auxiliar de enfermería que lo había encontrado en el suelo. La observé sentada en la puerta de urgencias pensativa, con lágrimas silenciosas, esperando una noticia que quizá ya sabía. Si de algo me siento orgulloso, es de que contrariamente

a la actitud inmadura que demostraba en general, fui capaz de ver su tristeza y me acerqué a hablar con ella.

- Hola, ¿es usted la acompañante del caballero que ha traído la UVI? – Conocía bien la respuesta pero fue lo primero que se me ocurrió preguntarle.
- Sí. – Levantó la cabeza para responderme y pude ver que llevaba la identificación de su centro puesta. Se llamaba Carolina.
- Si tiene que volver a la residencia nos puede dejar el número de teléfono de algún familiar y le avisaremos en cuanto sepamos algo.
- Don Andrés no tiene familia.
- ¿No tiene familia?, ¿ningún hermano o sobrinos?
- No, está solo.

Pese a que me estaba poniendo un poco nervioso la conversación por lo monótono y escueto de sus respuestas, el hecho de que Andrés no tuviera a nadie me llamó la atención y quise saber más sobre su historia.

- Si no tiene a nadie, ¿cómo entró en la residencia?, ¿quién costea su estancia o controla sus visitas médicas, gestiones y todas esas cosas?
- Todo se lo controla él, es válido para todo. Vivía con una sobrina que falleció en un accidente y antes que verse solo, decidió vender todo. Con el dinero y su pensión le da de sobra para estar interno, además, se saca sus propinas de los otros residentes cada vez que nos da sus conciertos de piano.
- ¿Conciertos de piano? - realmente me gustó la imagen mental que se me vino en ese momento.
- Si, Don Andrés es un virtuoso. Vendió todo menos su piano y consiguió que la directora del centro le permitiera traerlo y colocarlo en la sala de juegos, todos los

jueves tenemos concierto. – Fue la primera vez en toda la conversación que noté algún tipo de emoción en su discurso; la primera vez que esbozó una sonrisa.

Justo cuando empezaba a sentirme cómodo con ella, un compañero vino a buscarme para que pasara dentro, tenía una llamada. Al otro lado del teléfono escuché al intensivista solicitando un hueco tranquilo para traer a Andrés, el TAC era claro, hemorragia cerebral masiva.

“Vamos a aplicar medidas de confort, le vamos a extubar, dejamos pasar a los acompañantes y con la afectación que tiene será cuestión de minutos”, estas fueron las palabras del intensivista cuando llegó del TAC. Él solo veía progresar la hemorragia, pero algo más que un manto de sangre se extendía sobre Andrés, algo poderoso que superaba a lo físico y que necesitaría más que cuidados y fármacos para permitir que todo acabase.

Pasaron dos horas, Andrés seguía en el mismo estado en que quedó tras extubarlo. Durante todo ese tiempo su cuerpo se mantuvo tenso, con respiraciones “inquietas”, rápidas, alejadas de lo que serían respiraciones agónicas. No existía ninguna respuesta a ningún tipo de estímulo pero era evidente que no estaba bien, estaba sufriendo. Administré toda la medicación paliativa pautada, ajustamos las almohadas, le perfumamos. Le hablaba Carolina, le hablábamos nosotros, solicité nueva valoración médica, nada; hiciera lo que hiciera no era suficiente y Andrés seguía igual.

La situación comenzó a ser el único tema de conversación en la urgencia. Las opiniones eran diversas pero al final se generaron dos equipos claramente diferenciados: los pro-aumento de la medicación y los anti-aumento de la medicación. En esos momentos me sentía ridículo. Analizaba en bucle el pensamiento que tuve cuando el intensivista me comentó el plan a seguir: “bueno, aquí está tranquilito, dejamos las

sábanas bien colocadas y listo”, ¿Cómo pude pensar algo así? A día de hoy he conseguido perdonarme aquello, pero no quiero olvidarlo.

Entraba y salía del box, nada cambiaba. Me obsesioné con las almohadas, esta es dura, esta es blanda, esta huele raro... Estaba empezando a perder el norte. La agonía de Andrés me parasitaba y me notaba enfermo, impotente. Llegué a vislumbrar un velo oscuro y translúcido flotando a escasos centímetros de la cama; fue algo inconsciente, pero reconozco que intenté agarrarlo. Tuvo que preocupar mucho a la gente el verme cerrar los dedos para atrapar el aire, pues escuché como alguien decía, “sácalo de ahí anda”. Acto seguido, una compañera me agarró del brazo y me dijo que la acompañara a por medicación a farmacia.

- Tienes que calmarte un poco, te quedan muchos años por delante y mucha gente que ver morir. – Mi compañera era de la edad de mi madre y de repente sentí que me hablaba como si fuera un crío; en el momento me sentó mal, hoy lo agradezco.
- Si bueno pero en urgencias las cosas no son así, la gente muere y punto, es ley de vida. Para pasar una agonía que cursen un ingreso. - ¿Qué se me pasaba por la cabeza?
- La agonía también es tu trabajo, te guste o no. Se merece la misma profesionalidad que demuestras cuando manejas los cables y las maquinillas.
- Pero, ¡si estoy haciendo de todo! Se me ocurren más cosas por hacer claro, pero son ilegales.
- ¡No digas burradas!, no se puede hacer más, asúmelo. La muerte es desconocida. Solo conocemos lo que vemos, pero esto va más allá de medicamentos y almohadas. Puede que tu paciente esté esperando a alguien.
- No tiene familia, está solo. La auxiliar de la residencia ha venido con él porque por lo visto es muy querido allí.

- Bueno pues si no espera a alguien, quizá espere algo, pero no hay manera de que lo sepas. Tú sigue trabajando bien y no permitas que te note así, no lo ayudas.

Cuando regresé de farmacia, Carolina se encontraba junto a Andrés cogiéndolo de las manos. Me miró y pude ver su expresión, era de cariño y preocupación al mismo tiempo.

- Le vamos a echar mucho de menos, va a ser duro no escucharle tocar cada jueves.

No sé muy bien por que hice lo que hice; surgió de alguna parte de mi mente más allá de lo racional y quizá, ahí esté la clave de todo lo que sucedió, en la irracionalidad, en dejarme llevar por algo superior a “lo que se debe hacer”.

Desbloqueé mi móvil, abrí una aplicación de reproducción de música e introduje la búsqueda “solo de piano”. La primera pista que apareció fue *nocturne op. 9 no. 2* de Chopin. Sin pensármelo dos veces, apoyé el teléfono sobre la almohada y le di a reproducir. La pieza resultó ser perfecta, melancólica pero con matices alegres. Inició con notas sutiles que pude ver salir del altavoz y dirigirse hacia el cuerpo de Andrés, acariciándolo, desgarrando esmeradamente el velo que lo cubría desde hacía horas. La melodía avanzaba cambiante a la par que fluida, cada vez más rica en detalles. Podía percibir cada ornamento, cada enlace generando remolinos que recogían los trozos deshechos del velo y los hacían desaparecer. Advertía el vaivén de las figuras musicales que alternaban entre rápidas y lentas simulando pequeñas olas que mecían a mi paciente, relajado, respirando cada vez más despacio pero sin esfuerzo ninguno.

Cuando la canción tocaba su fin, la composición ascendió jugando con golpes fuertes y apasionados. En aquel momento vi como Andrés inspiraba profundamente. Sin duda conocía esta pieza, pues cogió todo el aire que pudo para disfrutar de un último compás. Lo notaba embriagado de toda la emoción contenida en ese intenso pasaje y entonces, un conjunto de notas agudas y ágiles, como peces saltando en el mar de pentagramas en que

flotaba, lo hicieron estremecer y soltar su último aliento, plácido, sereno, impregnado de la calma que acompañaba a los últimos acordes que sonaron.

No quería alterar aquella magia, no me atrevía a hablar, ni siquiera a moverme, tampoco me apetecía. Fue Carolina la que rompió el silencio y tuvo la valentía de preguntar lo evidente.

- ¿Qué es lo que ha ocurrido? – preguntó con cierto tono de vergüenza.
- ¿Qué hora es? – me miró con una expresión de confusión absoluta.
- Las seis de la mañana, ¿Por qué?
- Ya es jueves... – se me escapó una sonrisa que contagió a Carolina – hoy tocaba actuación.

En ocasiones, la muerte no demanda más que el último deseo que ya no puede expresar aquel que muere. Concede un tiempo extra para conseguirlo pues se convierte en su capricho, como quien espera la llegada de un hijo, o quien quiere sentir el calor del sol una última vez. Andrés deseó una última canción, la muerte se antojó de su deseo y yo... puse el piano.